

cionalismo metafísico a que fué a parar el movimiento filosófico y moral del siglo XVIII.

La moral kantiana se funda sobre la idea de que en la conciencia humana existe un sentimiento *a priori* del deber, guía seguro e infalible. «De lo dicho—según Kant—resulta que todas las nociones morales tienen perfectamente *a priori* su sitio y su origen en la razón, y esto tanto en la razón humana más vulgar como en la razón más especulativa, que esas nociones no son abstraídas de ningún conocimiento experimental y como tal contingente; que esa pureza de su origen constituye precisamente su mérito... que uniéndoles empirismo se les quita verdaderamente influencia... La conciencia moral y el sentido moral no pueden adquirirse; pero todo hombre, como ser moral, lleva en sí esta conciencia primitiva».

No es posible burlarse más audazmente del sentido común y de la experiencia que como lo hizo el célebre metafísico. Sin la menor reflexión se arrodilla ante la idea del deber, que ni siquiera trata de comprender.

«Deber—exclama en un rasgo de lirismo metafísico,—pensamiento maravilloso, que no obras por la insinuación, ni por adulación, ni por la amenaza, sino contentándote con presentarte al alma con tu austera sencillez; mandas, no el respeto, sino siempre la obediencia; delante de tí todos los apetitos se callan, por rebeldes que sean en secreto; ¿cuál es tu origen?»

Para el naturalista psicólogo ese misterio no existe; el sentimiento del deber, mucho menos omnipotente que lo que cree nuestro metafísico, procede de una lenta y penosa preparación, que ha dejado en los centros nerviosos huellas hereditarias. Además, harto vemos que ese sentimiento del deber no existe en el mismo grado en todos los hombres.

La experiencia, una experiencia vulgar, nos ha enseñado también que a un sentimiento cualquiera del deber organizado en el cerebro humano, es

grato obedecerle y penoso resistirle, de lo que resulta una sanción íntima, muy importante desde el punto de vista de la moral práctica.

Esta sanción desagradea mucho a Kant; de tal modo se ha divorciado irremediabilmente de los hechos su espíritu metafísico.

«Hay—dice—almas dispuestas a la simpatía, que sin otro móvil que el procedente de la vanidad o del amor propio, sienten una satisfacción interior esparciendo la felicidad en su redor, y son dichosas con la alegría ajena, porque la consideran como obra suya. Pero yo afirmo que una acción, ejecutada en esa disposición, por conforme que sea con el deber, y por mucho que sea el afecto merecido por su autor, carece de valor moral verdadero y debe colocarse en la misma línea que otras inclinaciones, por ejemplo, la de la gloria».

Y en otro lugar:

«En obrar por simpatía, por compasión, por caridad, no hay absolutamente ninguna moralidad: esos actos van contra la moral».

«¿Será verdad—decía ya Montaigne—que para ser completamente bueno necesitamos serlo por oculta, natural y universal propiedad, sin ley, sin razón, sin ejemplo?»

Pero Kant es lógico: deduce valerosamente las consecuencias de sus premisas, por absurdas que sean. Y a su juicio, el valor moral de una acción es completamente distinto de su objeto; resulta únicamente de su principio determinante, independientemente de los objetos que pueden ser deseados.

Todo ello es puro delirio metafísico, y el absurdo de tales proposiciones es tan patente, que es inútil combatirlas seriamente.

He aquí la humorada con que Schiller las contesta:

«ESCRÚPULO DE CONCIENCIA

»Sirvo voluntariamente a mis amigos; pero ¡ay de mí! lo hago con inclinación, y suele asaltarme el remordimiento de no ser virtuoso.